

UNA UTOPIA SECULAR. LA TEORÍA DE LA MODERNIZACIÓN Y LA POLÍTICA EXTERIOR ESTADOUNIDENSE EN LA GUERRA FRÍA

ÓSCAR J. MARTÍN GARCÍA

Aarhus Institute of Advanced Studies
ogarcia@aias.au.dk

(Recepción: 05/11/2014; Revisión: 11/02/2015; Aceptación: 30/05/2015; Publicación: 26/11/2015)

1. INTRODUCCIÓN.–2. MODERNIZACIÓN Y GUERRA FRÍA.–3. MODERNIZACIÓN Y PODER GLOBAL.–4. LA MODERNIZACIÓN AUTORITARIA.–5. APUNTES FINALES. CRISIS Y RESISTENCIA DE UNA TEORÍA.–6. BIBLIOGRAFÍA

RESUMEN

Este artículo analiza la influencia de la teoría de la modernización sobre la formulación y justificación de la política exterior norteamericana entre los años cincuenta y setenta. Tal paradigma constituyó el marco científico desde el cual la maquinaria exterior estadounidense interpretó el cambio social global acontecido durante esas décadas. Igualmente, constituyó el referente ideológico que impregnó la política norteamericana hacia los países subdesarrollados y las nuevas naciones independientes en el contexto de la Guerra Fría. A lo largo de los años cincuenta y sesenta esta teoría dominó las ciencias sociales estadounidenses, se abrió paso en las altas esferas del poder y jugó un papel muy importante en las relaciones internacionales. Por estas razones parece relevante estudiar el clima político e intelectual en el que las ideas de la modernización se expandieron como una utopía secular al servicio del poder global estadounidense.

Palabras clave: modernización; Estados Unidos; política exterior; países en vías de desarrollo; Guerra Fría.

A SECULAR UTOPIA. MODERNIZATION THEORY AND THE US FOREIGN POLICY DURING THE COLD WAR

ABSTRACT

This article analyses the influence of the theory of modernization on the formulation and justification of the US foreign policy between the 1950s and 1960s. Such a paradigm constituted the scientific frame from which the American foreign machinery understood the social global change. It also worked as an ideological instrument, which guided the US policy towards the underdeveloped countries and the new independent nations in the Cold War context. Throughout the 1950s and 1960s, this theory dominated American social scientific thought, found its way into the government's policy-making process and played an important political role in international relations. For these reasons it seems to be relevant to study the political and intellectual climate in which the modernization ideas expanded as an American secular utopia.

Key words: modernization; United States; foreign policy. developing countries; Cold War.

* * *

1. INTRODUCCIÓN

Las páginas siguientes pretenden estudiar el papel jugado por la teoría de la modernización en la elaboración y legitimación de la política exterior de los Estados Unidos hacia los países en vías de desarrollo y las nuevas naciones independientes entre los años cincuenta y setenta. A lo largo de estas décadas, los procesos de descolonización fueron acompañados de profundas transformaciones políticas, demográficas, urbanas y culturales, las cuales desataron grandes aspiraciones de progreso económico y social en diversas partes del globo. La envergadura de tales cambios afectó a más de dos tercios de la población mundial y, en consecuencia, sacudió la escena internacional de la Guerra Fría, añadiendo a la pugna entre Este y Oeste las difíciles relaciones entre el Norte y el Sur (1).

Los Estados Unidos y la Unión Soviética percibieron la descolonización como un fenómeno que expandía el marco de la competencia bipolar. En Washington y Moscú se creyó que dicho proceso crearía nuevos campos en los que se libraría una dura pugna por la dirección del cambio social global y de la propia definición de modernidad (2). Tal desafío llevó a las dos superpotencias

(1) CULLATHER, (2002): 527. Ver WESTAD (2005).

(2) LATHAM (2010): 258-259.

a desarrollar los instrumentos necesarios para, por un lado, asegurar un conocimiento riguroso de tan complejas transformaciones y, por otro, garantizar el control político de las mismas. La teoría de la modernización fue la herramienta científica e ideológica empleada por los Estados Unidos para entender y manejar la emergente «revolución de las expectativas» que estaba teniendo lugar en América Latina, Asia y África. Dicha teoría se basó en unas pocas asunciones que no tardaron en dominar las ciencias sociales norteamericanas y en impregnar la política exterior de la superpotencia:

1. La distinción y jerarquización entre sociedades modernas y tradicionales.
2. El carácter interdependiente del cambio económico, político y social.
3. La universalidad del desarrollo lineal hacia una modernidad común cuya máxima expresión era el sistema capitalista norteamericano.
4. La convicción de que el contacto con Occidente aceleraría el desarrollo de los países pobres.

La aplicación de estos principios al análisis de la realidad internacional de posguerra llevó a un buen número de académicos y oficiales a ver la modernización del Tercer Mundo como un proceso convulso y problemático que, de no ser acelerado y tutelado por los Estados Unidos, provocaría serios conflictos sociales que alimentarían la subversión comunista. Ante tal peligro, dichos teóricos consideraban que el gobierno norteamericano debía de facilitar la ayuda económica, el adiestramiento militar, la asistencia técnica y la formación del capital humano necesarias para que dichos países alcanzasen la meta del desarrollo de manera segura y ordenada, sin descarrilar en experimentos radicales a lo largo del camino (3).

Durante los decenios de 1950 y 1960 dichas ideas desempeñaron un rol crucial como instrumento de análisis científico y herramienta de prescripción política. En otras palabras, en esos años los preceptos de la teoría de la modernización compusieron el marco desde el cual la diplomacia estadounidense explicó, percibió y racionalizó la revolución política, cultural y demográfica que estaba aconteciendo en el hemisferio Sur. Sus principios constituyeron el referente ideológico que guió la política del Departamento de Estado ante el nuevo escenario internacional de mediados del siglo xx.

Aunque la teoría de la modernización forma parte de una larga, dispersa y compleja tradición de pensamiento que se remonta hasta la Ilustración, representa un fenómeno histórico específico: el paradigma creado por las ciencias sociales estadounidenses durante los momentos más álgidos de la Guerra Fría como respuesta al desafío impuesto por la descolonización, el cambio social

(3) MILLIKAN y ROSTOW (1957): 8-10.

global y el comunismo internacional (4). En este contexto de intensificación del conflicto bipolar, en el que el crecimiento económico y el avance social de los pueblos subdesarrollados se convirtió en uno de los ejes principales de la Guerra Fría, diversos intelectuales norteamericanos pusieron su saber al servicio de un determinado modelo de desarrollo anti-comunista. Asimismo, sus tesis sobre la capacidad estadounidense para modernizar las sociedades tradicionales a imagen y semejanza de América fueron financiadas por unos gobernantes ávidos del conocimiento académico aplicable a la compleja realidad internacional poscolonial (5).

El ascenso de la teoría de la modernización se produjo durante los años cincuenta. Esta década tuvo una cara positiva, caracterizada por la renovada vitalidad económica, la rectitud moral, el optimismo sobre el futuro y, sobre todo, cierto sentido de auto-congratulación por parte de las clases medias norteamericanas. Pero también exhibió un rostro negativo, marcado por la amenaza nuclear, el peligro comunista, la «caza de brujas», los conflictos raciales, etcétera. Según Nils Gilman, la teoría de la modernización fue una suerte de respuesta a estos dos flancos de una misma moneda. Por un lado, fue reflejo del optimismo sobre el modelo de modernidad norteamericano y, por otro, del miedo a que dicho modelo fuese destruido (6).

En este periodo, el pensamiento político norteamericano sobre los pueblos no occidentales estuvo intrínsecamente unido a la propia percepción de la identidad americana. En esa línea, la teoría de la modernización representó un metalenguaje que proveyó de sentido a las incertidumbres geopolíticas de la Guerra Fría. Por eso se convirtió en una especie de religión civil, que hizo que el desarrollo de los países atrasados fuese percibido como una verdadera misión nacional. Una tarea patriótica en la que colaboraron numerosos actores no oficiales, como fundaciones privadas, universidades, asociaciones estudiantiles, organizaciones voluntarias, etcétera. Cooperación Estado-sociedad civil que se enmarcó en la persistente resonancia cultural que la modernización global había proyectado en el imaginario norteamericano desde la época del *New Deal*, como ponía de relieve el éxito de varios *best-sellers* y de diversas producciones de Broadway y Hollywood, como *The Ugly American*, *The King and I*, *The Quiet American*, *Wild River*, o la citada *Sabrina* (7).

Como veremos a continuación, lejos de representar un mero constructo propagandístico destinado a legitimar las actuaciones del Departamento de Estado, la teoría de la modernización también conectó con una determinada

(4) Los trabajos como los Latham, Cullather, Gilman, Engerman, Ekbladh, Sha, Simpson, y otros que se citan a lo largo de este artículo, son buena muestra del creciente interés historiográfico por la teoría de la modernización como un objeto de estudio claramente identificable dentro de la abundante y variada bibliografía sobre el desarrollo.

(5) ENGERMAN (2007): 599-602.

(6) GILMAN (2003): 2-3

(7) NASHEL (2000): 133-134 y KLEIN (2003): 139-148.

concepción de la función histórica de la nación americana. Autores como Michael Latham consideran que el paradigma modernizador hacía referencia a una serie de viejas asunciones culturales que entroncaban con el espíritu del Destino Manifiesto. Aunque fundamentada sobre sólidos índices cuantitativos y grandes series estadísticas, la modernización de la «New Frontier» tuvo muchos puntos en común con el antiguo nacionalismo americano de carácter profético y universal. Al igual que la nueva doctrina modernizadora, este consideraba una obligación moral que los Estados Unidos, como benevolente líder mundial, mostrase a las naciones pobres el camino hacia el progreso por él simbolizado (8).

Sin embargo, la teoría de la modernización sufrió, desde comienzos de los años setenta, una profunda pérdida de prestigio intelectual. Los asesinatos de John F. Kennedy y Martin Luther King, la guerra de Vietnam, los problemas raciales, los violentos disturbios urbanos y el escándalo Watergate aumentaron la desconfianza en la sociedad americana como epítome de la modernidad. Mientras las críticas lanzadas contra el modelo de modernización *made in America* por parte de los emergentes movimientos ecologistas, feministas y de defensa de los derechos humanos profundizó su descrédito (9). Como resultado, las tesis modernizadoras perdieron buena parte de su credibilidad como paradigma dominante de las ciencias sociales. Si en los años cincuenta los académicos estadounidenses se sentían optimistas y confiados sobre la propagación internacional del arquetipo americano de desarrollo, una década después eran presa de un creciente pesimismo sobre la modernidad en su propio país y, por tanto, sobre la posibilidad de exportarla a las naciones más pobres de la Tierra.

No obstante, la interpretación liberal e internacionalista del desarrollo propia de la teoría de la modernización volvió a resucitar tras la victoria occidental en la Guerra Fría (10). Parece, por tanto, relevante estudiar los principios que articularon dicho paradigma, como recomponer el clima político e intelectual en el que tuvo lugar su expansión como una utopía secular al servicio del poder global estadounidense. Con un enfoque historiográfico, las páginas siguientes intentan estudiar la teoría de la modernización sin caer en sus propios clichés y marcos de análisis, examinando el compromiso norteamericano con el desarrollo internacional en toda su complejidad política y moral.

(8) LATHAM (2000): 211-213. Para este autor, el gran atractivo proyectado por la teoría de la modernización en la América de los años sesenta estuvo relacionado con su conexión con otras ideologías como las del Destino Manifiesto y el imperialismo. Sobre los resabios neocoloniales de la propuesta modernizadora ver COOPER (2010) y UNGER (2010).

(9) Según Bradley Simpson, la eclosión del discurso de los Derechos Humanos en los años setenta contribuyó a menoscabar los principios de la teoría de la modernización y a repensar el acercamiento occidental al mundo poscolonial en base a una nueva relación entre desarrollo económico, cambio social y estabilidad política. SIMPSON (2012): 1-5

(10) CULLATHER (2004): 212.

2. MODERNIZACIÓN Y GUERRA FRÍA

Los antecedentes directos de la Teoría de la Modernización se remontan al periodo de entreguerras. Muy especialmente a las reformas keynesianas del *New Deal*, cuyo buque insignia –la experiencia de la *Tennessee Valley Authority* (TVA)– sirvió de referencia para los científicos sociales estadounidenses durante la segunda posguerra mundial (11). Las ideas de estos también estuvieron inspiradas en el «Point Four Program» presentado por Harry Truman en 1949. Según Hemant Sha, el espíritu que subyacía a la ideología de la modernización ya estaba presente en la respuesta norteamericana a las crisis políticas de posguerra en Grecia y Turquía, donde la ayuda económica fue considerada como un instrumento vital para promover la estabilidad y poner freno al comunismo en los dos países (12).

No obstante, y a pesar de dichos precedentes en los años treinta y cuarenta, la teoría de la modernización fue un producto específico de los momentos más álgidos de la Guerra Fría (13). Su conformación y evolución en las décadas de 1950 y 1960 no pueden entenderse sin tener en cuenta el desafío que, en el marco de la descolonización, representó el modelo de desarrollo comunista como una alternativa real al capitalismo en diversas partes del mundo (14).

En enero de 1961 el líder soviético Nikita Khrushchev anunció la voluntad soviética de apoyar las guerras de liberación nacional en el Tercer Mundo. Desde finales de la década anterior la ayuda soviética en el campo económico, técnico y militar a países como Cuba, Indonesia, India, Egipto o Gana se había incrementado considerablemente. De esta forma, el Kremlin pretendía responder a las grandes aspiraciones de cambio y progreso de unos gobernantes poscoloniales cada vez más atraídos por la rápida industrialización soviética (15). Además, la retórica anti-colonialista de Moscú y su defensa de los derechos civiles de las poblaciones de color generaba simpatías entre las élites naciona-

(11) La TVA representaba un gigantesco proyecto hidroeléctrico, encarnación de un paradigma de desarrollo de profundas raíces en la tradición progresista americana. Tal modelo se basaba en la planificación estatal y en la redistribución social bajo instituciones democráticas. EKBLADH (2009): 194-195.

(12) SHAH (2011): 19-21.

(13) No obstante, Estados Unidos no fue el único actor occidental que en esta década puso en marcha diversos programas de ayuda al desarrollo con el fin de ganar la mente y los corazones de los habitantes del *Global South*. Ver los casos de Alemania, Francia, Holanda y Reino Unido en ENGERMAN y UNGER (2009).

(14) El más claro ejemplo de ello era la Cuba de 1959, donde el castrismo no solo encarnaba un problema de subversión guerrillera, sino una opción revolucionaria para encarar los problemas de la pobreza y la opresión en los países subdesarrollados. LATHAM (2000): 76-77.

(15) Este país había conseguido, en el transcurso de solo cuatro décadas, pasar de un estado agrario y estancado a erigirse en la segunda potencia industrial del mundo, convirtiéndose así en un ejemplo a seguir para las naciones pobres de Asia, África y América Latina. ENGERMAN (2004): 38-39.

listas del Tercer Mundo (16). Una suma de factores que parecía conceder cierta ventaja a la URSS en la carrera por el desarrollo de la humanidad.

Ante dicha situación, aparecieron dentro de la academia, de los medios de comunicación y del poder político estadounidense múltiples voces que consideraban necesaria la puesta en marcha de una ofensiva ideológica positiva, fuerte y cautivadora. Una enérgica e ilusionante narrativa que hiciese frente a la extendida creencia según la cual el comunismo ofrecía una ruta más rápida hacia la modernidad y un relato más convincente sobre el futuro. La respuesta de la administración Kennedy ante esta demanda fue la creación y reestructuración de un puñado de organizaciones (*Alliance for Progress, Food for Peace, Peace Corps*, etcétera) diseñadas para apoyar a las naciones necesitadas en su «despegue» hacia la modernidad. En noviembre de 1961 la administración demócrata confirió una mayor importancia a los programas de desarrollo, poniéndolos bajo su nueva herramienta en la promoción de la modernización global, la *US Agency for International Development* (USAID). Reflejo de estas iniciativas, y de la aprobación de la *Foreign Assistance Act*, entre 1960 y 1963 la ayuda económica estadounidense a los países pobres se incrementó en un tercio.

Aunque existían antecedentes previos (17), se puede decir que los conceptos de la modernización comenzaron a impregnar con fuerza el discurso del Departamento de Estado con la llegada de John F. Kennedy a la Casa Blanca. A partir de entonces, la teoría de la modernización se convirtió en una especie de nuevo mesianismo, que prometía exorcizar a los principales demonios del mundo de la posguerra: la pobreza, el comunismo y el colonialismo (18). Dicho cuerpo doctrinal fue la respuesta de la nueva administración demócrata ante los peligros derivados de la relación entre desarrollo, comunismo y revolución en un *Global South* donde la combinación de pobreza e inestabilidad política abonaba el terreno para el arraigo de doctrinas radicales.

La llegada de Kennedy al poder enfatizó el enfrentamiento entre dos nociones antagónicas de la modernidad. Ambos modelos convergían en uno de los consensos globales de la segunda posguerra mundial, como era la promoción del crecimiento económico (19). Pero divergían en los medios para alcanzarlo.

(16) SIMPSON (2008): 24-25

(17) Anteriormente, la puesta en órbita del Sputnik en 1956 y la revolución cubana llevaron a la administración de Dwight Eisenhower a modificar algunos de los elementos que previamente habían caracterizado su política hacia los países pobres, como era la preeminencia (bajo el lema «*trade not aid*») del comercio libre y de la inversión privada sobre la ayuda internacional al desarrollo. El resultado de dicho cambio fue la puesta en marcha de nuevas instituciones que recogían parte de los principios modernizadores, como la *Development Loan Fund* (1957) y la *International Development Association* (1958). HAGEN y RUTTAN (1987): 45-54.

(18) HAEFELE (2003): 81-82.

(19) En los años cincuenta y sesenta el concepto de crecimiento pasó de ser un medio para reconstruir las maltrechas economías de posguerra a convertirse en un objetivo en sí mismo, en una especie de fetiche o «certeza colectiva» que movilizó a sociedades y naciones enteras como si se tratase de una verdad absoluta y revelada. O'BRYAN (2009): 176 y RIST (1997): 22.

Por una parte, se encontraba el arquetipo socialista basado en la justicia social, la lucha de clases y el liderazgo del proletariado. Por otra, la modernidad concebida como el triunfo del individualismo, del libre mercado y de las clases medias. Este segundo paradigma se articuló conceptualmente en torno a las ideas de la teoría de la modernización propulsada por el economista norteamericano Walt W. Rostow y su emblemático libro *The Stages of Economic Growth: A Non-Communist Manifesto* (20). Según esta obra, todos los países, independientemente de sus especificidades históricas y culturales, estaban abocados a atravesar –en un proceso inevitable y universal– varias etapas hasta llegar a la cumbre de la modernización, identificada con el crecimiento económico auto-sostenido que únicamente se había conseguido en Estados Unidos y Europa occidental. En el pensamiento de Rostow las naciones eran representadas como sistemas orgánicos situados en un *continuum* hacia la modernidad, cuya cúspide solo había sido alcanzada por unos cuantos países avanzados. El resto aún se encontraba transitando en la escalera del desarrollo, cuyo peldaño más problemático era aquel en el que se iniciaba el «despegue» definitivo hacia el capitalismo industrial.

Para este teórico norteamericano, dicho «*take off*» llevaba consigo una rápida urbanización, el acelerado crecimiento de la población y otros importantes cambios sociales que podían erosionar las relaciones de autoridad, incrementar las expectativas populares, fomentar el desorden y generar una elevada inestabilidad política. Como decía en uno de sus artículos, los países que se encontraban en esta fase eran «altamente vulnerables a la subversión» (21). En unos términos muy parecidos se expresaba el Policy Planning Council de la administración Kennedy en mayo de 1962, según el cual, «debido a las turbulencias sociales y estructurales que generalmente acompañan los procesos de modernización, todas las naciones en vías de desarrollo son susceptibles de sufrir la subversión comunista y la insurgencia en diferentes grados» (22). Más aún al tratarse de unas sociedades percibidas por las élites norteamericanas como políticamente «inmaduras» y fácilmente manipulables por «los engaños del comunismo» (23).

(20) Las tesis de este autor tuvieron una gran influencia internacional en los años 60. Tanto que se llegó a decir entonces que ningún otro economista había generado un debate tan intenso desde los tiempos de Marx. HAEFELE (2003): 82-83.

(21) De hecho, este autor consideraba que el comunismo «se entiende mejor como una enfermedad de la transición a la modernidad». ROSTOW (1961): 234-247.

(22) Citado en SCHMITZ (2006): 35

(23) HERMAN (1995): 136-142. Este peligro era aún mayor en aquellos países en los que la débil acción redistributiva de los Estados generaba un desigual acceso a los beneficios del crecimiento económico, con el consecuente aumento del malestar social. Los analistas estadounidenses temían que allí donde el reparto inequitativo de los frutos del desarrollo podía frustrar las crecientes expectativas populares, se desencadenasen protestas aprovechadas por los comunistas. BILL y HARDGRAVE (1992): 126-127.

Ante tal peligro, un nutrido grupo de reconocidos científicos sociales creyeron que el gobierno norteamericano tenía la obligación moral de ayudar a acelerar y, en paralelo, tutelar el «despegue» hacia la modernidad que desde finales de los años cincuenta estaban protagonizando numerosos países del Sur. Así, al promover una «aceleración ordenada» de dichos procesos, la superpotencia impediría que fuesen aprovechados por los comunistas. Desde esta óptica, los Estados Unidos debían de exportar un modelo de modernización basado en reformas graduales y tecnocráticas. Por una parte, tales reformas canalizarían las turbulentas transformaciones que enfrentaban dichas sociedades. Por otra, restarían apoyo popular a las fuerzas oportunistas que intentaban sembrar el caos. En fin, se hacía preciso solucionar los problemas del subdesarrollo mediante cambios ordenados que aliviasen la presión social al tiempo que evitasen estallidos revolucionarios (24).

Este punto de vista era compartido por Max Millikan y Walt Rostow en una conocida obra publicada en 1957, los Estados Unidos disponían de un «enorme potencial» para hacer realidad las crecientes expectativas populares de cambio y encauzar, sin caer en la anarquía, las energías sociales liberadas en los convulsos procesos de modernización (25). La extensión del virus revolucionario en el mundo de la segunda posguerra mundial hacía necesario, a juicio de estos y otros autores, que la superpotencia norteamericana promoviese su propia revolución desde arriba (*the Right Kind of Revolution* en palabras de W. Rostow). Una transformación basada en el mantenimiento del orden, en el cambio moderado y en la preeminencia social de las clases medias y de sus valores liberales (26). De no hacerlo así, estos científicos sociales creían que la credibilidad norteamericana se resentiría y sus aliados en el Tercer Mundo se sentirían defraudados.

La enorme influencia adquirida por la teoría de la modernización durante los años sesenta estuvo relacionada con su capacidad para articular, dentro de un mismo cuerpo doctrinal, las ideas que en las décadas centrales del siglo XX fueron hegemónicas en los campos de la política, la sociedad y la economía (27). En primer lugar, dicha teoría incluyó diversos conceptos procedentes del debate sobre el «fin de las ideologías» popularizado por intelectuales como Edward Shils, Raymond Aron y Daniel Bell. De acuerdo con estos autores, desde el final de la II Guerra Mundial se había producido una contracción en el espectro político del mundo occidental. A lo largo de la posguerra, las posiciones políticas en las naciones europeas y norteamericanas se habían situado —a diferencia de lo ocurrido en la agitada década de los treinta— en un marco ideo-

(24) GILMAN (2003a): 48-49.

(25) MILLIKAN y ROSTOW (1957): 8.

(26) HUNT (1987): 114-117.

(27) Durante estos años la historia comparativa, transnacional y de las relaciones internacionales también puso la explicación del desarrollo en el centro de su misión disciplinar y aplicó los modelos modernizadores en sus análisis. Sobre la centralidad de la modernización en la historiografía de los años cincuenta y sesenta. Ver APPLEBY, HUNT y JACOB (1994): 77.

lógico mucho más estrecho, constreñido por el amplio consenso en torno al liberalismo político y a la socialdemocracia reformista (28).

Desde este enfoque, la prosperidad generada por la economía mixta de mercado había hecho converger a la izquierda y a la derecha moderadas en torno al centro democrático y social. El «capitalismo del bienestar», como respuesta occidental al igualitarismo social preconizado por el marxismo, estaba conduciendo a una rica y pacífica sociedad sin clases. Por fin los problemas políticos que habían acompañado a la revolución industrial en Occidente parecían resolverse sin necesidad de recurrir a la revolución. Por el contrario, las sociedades tradicionales continuaban enfrascadas en estériles pugnas ideológicas. Mientras que para estos especialistas la moderación y el equilibrio eran características comunes de las «saludables» y «modernas» democracias occidentales, los países atrasados sucumbían presa del fervor ideológico y de la irracionalidad política. A su parecer, la diferencia entre unos y otros tenía una base material, pues el ocaso de las ideologías radicales y de la lucha de clases había llegado al hemisferio occidental de la mano del crecimiento económico y de la expansión del Estado del bienestar (29). Lo que equivalía a decir que la modernización y la distribución de sus frutos conducirían a la democratización post-ideológica de los países en vías de desarrollo (30).

Los defensores del «fin de las ideologías» argumentaban que los conflictos sociales provocados por el desarrollo no representaban un problema político sino una cuestión de planificación técnica a dilucidar por parte de expertos. A su modo de ver, el alto nivel de desarrollo alcanzado por la potencia norteamericana era ejemplo de la superioridad de la tecnología sobre el gobierno voluble de las clases populares (31). De este modo, tales académicos ofrecieron cober-

(28) La concepción del «final de las ideologías» se forjó en el entorno del Congreso por la Libertad de la Cultura, una institución intelectual que, con el apoyo de la CIA, jugó un papel muy importante en la Guerra Fría cultural. En este contexto, dicha noción se convirtió en exponente del optimismo y de la fe en el progreso del «mundo libre». Al ensalzar la superioridad del liberalismo centrista, moderado y bienpensante, el «declive de las ideologías» se constituyó como el libreto para el cántico victorioso de la sociedad americana triunfante en la posguerra. SCOTT-SMITH (2002a): 138-141.

(29) Según el propio Bell, era en los países industriales avanzados, especialmente en Estados Unidos, Gran Bretaña y Escandinavia, donde el aumento del poder adquisitivo, de la redistribución de la riqueza y de la movilidad social, había obstaculizado el arraigo de ideologías extremistas. SCOTT-SMITH (2002b): 446-447.

(30) De esta interpretación se derivaba una elevada correlación entre el establecimiento de sistemas democráticos y la existencia de altos niveles de industrialización, urbanización, prosperidad y educación. Si bien la evidencia histórica no siempre ratifica esa fórmula que relaciona estrechamente desarrollo y democracia. No en vano el siglo XX está repleto de ejemplos de dictaduras desarrollistas e industrializadas, de clases medias apoyando a dictadores y de democracias que se hacen hueco en condiciones de pobreza. CULLATHER (2004): 212.

(31) CULLATHER (2000): 645; CITINO (2008): 580. Según diversos autores, detrás de la jerga pretendidamente neutral y técnica que rodeó la retórica de la modernización subyacía una agenda política y una forma de organizar el poder en la sociedad. KUTTNER (1991): 255.

tura intelectual a las posiciones teóricas que defendían la supremacía del conocimiento objetivo de las élites tecnocráticas sobre los instintos de los de abajo. Al rechazar, como hacía Bell, la «política de masas», por ser presa de la «pasión» y de los «odios», el credo modernizador también englobó postulados propios de la teoría de la «democracia de élites». Esta línea de pensamiento proponía para los países subdesarrollados un sistema político que, por un lado, se previniese del excesivo protagonismo de los movimientos «populistas», y por otro, estuviese controlado por expertos tecnócratas comprometidos con la promoción del crecimiento económico, de la estabilidad política y del orden social (32).

Finalmente, la teoría de la modernización también incorporó planteamientos procedentes de la conocida como «*consensus history*». Nos referimos a la corriente historiográfica (cultivada por autores como Louis Hartz, Clinton Rossiter o Daniel Borstin, entre otros) según la cual el éxito estadounidense estaba estrechamente relacionado con una evolución histórica caracterizada por el bajo conflicto social, el protagonismo de las clases medias moderadas y el consenso político en torno valores moderados (33). Desde esta óptica, la eficacia del sistema político norteamericano era producto de la preeminencia histórica de las reformas graduales sobre las rupturas revolucionarias. Los teóricos de la modernización tomaron estas ideas para señalar que, aunque excepcional, el pasado nacional norteamericano debía de ser encumbrado como fuente de inspiración para los países que se esforzaban por vencer al subdesarrollo.

En definitiva, la síntesis e interrelación de todas estas nociones procedentes de diversas corrientes intelectuales (escuela del «fin de las ideologías», «*consensus history*» y teoría elitista de la democracia) ofreció una atractiva interpretación del cambio histórico contemporáneo, al tiempo que dotó a la teoría de la modernización de una mayor legitimidad y credibilidad científica (34).

3. MODERNIZACIÓN Y PODER GLOBAL

De acuerdo con Nicholas Dearth, en las décadas de 1950 y 1960 la ideología de la modernización tuvo un peso importante en la política exterior del Departamento de Estado debido a su maleabilidad para justificar los múltiples y diversos objetivos de la acción exterior norteamericana. El imparable ascenso de dicha teoría tuvo mucho que ver con su flexibilidad para desarrollar varias tareas –como instrumento de legitimación intelectual, modelo analítico y herramienta retórica– altamente funcionales para la diplomacia estadounidense (35).

(32) GILMAN (2003a): 59-60.

(33) SCHLESINGER (1949): 230-234.

(34) GILMAN (2003b): 60-66.

(35) DEARTH (2014): 1-5

No obstante, la fulgurante emergencia de este paradigma también estuvo vinculada a la influencia política proyectada por algunos de sus teóricos más prominentes, los cuales ejercieron cargos de responsabilidad en el Departamento de Estado, en la CIA y en otras agencias gubernamentales. Por citar unos pocos casos, Walt W. Rostow fue Consejero de Seguridad Nacional y director del Policy Planning Council del Departamento de Estado. Max Millikan, director del Centre for International Studies (CENIS) del Massachusetts Institute of Technology (MIT), fue asesor de la CIA. El reconocido economista de Harvard, Lincoln Gordon, tuvo un papel importante en el principal programa de modernización puesto en funcionamiento por Estados Unidos en América Latina en los años sesenta (Alliance for Progress) y fue embajador en Brasil. El politólogo del MIT, Lucian Pye, fue asesor de la Agency for International Development (USAID). Finalmente, el economista del Stanford Research Institute, Eugene Staley, dirigió diversos proyectos de desarrollo en Vietnam. Ejemplos que vienen a poner de relieve el interés de los responsables políticos norteamericanos por rodearse de asesores académicos a la hora de enfrentar el desafío de la modernización. De hecho, durante este periodo se selló una estrecha relación entre autoridades e intelectuales, desconocida en Estados Unidos desde finales del siglo XVIII.

Por lo que no extraña que en estas décadas centrales del siglo XX la producción de conocimiento por parte de las élites académicas estadounidenses estuviese fuertemente mediada por las preferencias políticas gubernamentales. Las ayudas del Estado y de entidades privadas –como las fundaciones Carnegie, Ford y Rockefeller– ayudaron a definir las materias de estudio preferente, así como aquellas concepciones de la realidad global que era preciso privilegiar como parte de la lucha ideológica contra el comunismo (36). Así, mientras que otras líneas de investigación alternativas eran relegadas a un segundo plano, la teoría de la modernización fue revestida de un fuerte prestigio científico e institucional por su adecuación a los intereses de la seguridad nacional (37). Aunque el Estado no determinó qué podían decir los científicos, influyó decisivamente en la selección de aquellas voces que se convertirían en autoridad académica y marcarían la investigación en el campo de las relaciones internacionales (38).

(36) Sobre la relación entre la Guerra Fría y la investigación en ciencias sociales en Estados Unidos pueden verse, SCHIFFRIN (1997), ROBIN (2001) y DIAMOND (1992).

(37) Según Christopher Simpson, la financiación de la investigación no determinó por sí misma sus resultados, pero tuvo mucho que ver con la elaboración de un determinado tipo de ideas, potenciando su capacidad competitiva respecto a otras alternativas explicativas. SIMPSON (1994): 6.

(38) SIMPSON (1994): 3-10, ISAAC (2007): 725-746, NEEDELL, (1999): 34-38. De acuerdo con Nils Gilman, los académicos que defendieron los preceptos de la modernización consiguieron un importante éxito profesional, recibiendo importantes honores académicos, mientras que aquellos que esbozaron voces disidentes al discurso hegemónico fueron marginados. GILMAN (2003b): 151-154.

El apoyo estatal que recibió la teoría de la modernización se explica por su plena coincidencia con los ideales del internacionalismo liberal americano (39). No en vano, los principales precursores de dicha teoría no percibieron ningún conflicto de intereses entre su labor intelectual y la generación de conocimientos destinados a apuntalar el poder global de la superpotencia. Estos científicos sociales se congregaron en torno a una red intelectual interdisciplinaria (expandida por los campos de la sociología, la ciencia política, la economía, la psicología y la antropología) cuya base se había creado durante la II Guerra Mundial. Entonces, muchos de estos académicos habían contribuido con su investigación a la victoria bélica. Posteriormente, encontraron en el comunismo un nuevo enemigo contra el que dirigir su saber experto. En esta ocasión su misión fue la de construir la teoría de la modernización como instrumento de legitimación de la política exterior americana en la Guerra Fría (40).

Tales intelectuales se sentían moralmente obligados a librar una guerra ideológica en la que la investigación social representaba una herramienta esencial. Al ubicar sus trabajos en la intersección entre la teoría social y la política pública, estos especialistas concebían su labor intelectual como parte de un servicio patriótico (41). Una de las instituciones más importantes nacidas de esa fusión de intereses políticos y académicos fue el mencionado *Centre for International Studies* (CENIS) del MIT. La puesta en marcha de este organismo (a cargo del también citado economista Max Millikan) en 1952 formó parte de un proyecto secreto en el ámbito de la Guerra Fría cultural. El CENIS disfrutó de una fuerte financiación por parte de la CIA y de la Fundación Ford. Su principal objetivo fue el de desarrollar las técnicas necesarias para entender y regular el colapso de los viejos imperios y la integración de los nuevos territorios en la órbita americana. Esta institución académica reunió a un buen número de especialistas de diversos campos, encargados de reflexionar sobre el papel de Estados Unidos en la promoción del cambio político, económico y social a nivel mundial. Dicho de otro modo, la misión del CENIS fue la de fomentar desde las ciencias sociales un conocimiento comparable al desarrollado por los científicos naturales en el campo militar (42).

Durante este periodo también se produjo una notable expansión de los *Area Studies*, especialmente tras la aprobación en 1958 de la *National Defense Edu-*

(39) Como decía Dean Tipps, había «poco en la literatura sobre la modernización que seriamente incomodase a los dirigentes de la Casa Blanca, del Pentágono o del Departamento de Estado». TIPPS (1973): 210.

(40) SHAH (2011): 11-20

(41) Al fin y al cabo, estos autores desarrollaron sus investigaciones en un ambiente académico en el que la amenaza comunista parecía requerir de la movilización del potencial intelectual de la nación. Conforme aumentó la tensión política internacional, fueron más las voces dentro de la academia americana que abogaron por la recuperación de la pasada colaboración durante la II Guerra Mundial entre los científicos sociales y el Estado. ENGERMAN (2007): 599-602. Ver también ROBIN, 2001.

(42) GILMAN (2003b): 160-161.

ation Act. A principio de los cincuenta la Fundación Ford había comenzado a promover la investigación enfocada al aprendizaje de lenguas y culturas extranjeras. Esta organización filantrópica destinó entre 1953 y 1966 unos 270 millones de dólares para que 34 universidades estadounidenses estableciesen programas de estudios internacionales (43). El objetivo era el de generar un mayor conocimiento sobre las nuevas sociedades poscoloniales que fuese aplicable a la acción estadounidense en el exterior. Paralelamente, crecieron los programas de intercambio cultural y educativo. Una parte considerable de los mismos pretendía satisfacer el interés de las élites poscoloniales por el *know-how* americano necesario para modernizar las estructuras de sus nacientes naciones. Tales programas prestaron especial atención a los estudiantes universitarios procedentes del Tercer Mundo, considerados potenciales «agentes de cambio» llamados a desempeñar un papel importante en la transmisión del modelo de desarrollo americano a los países pobres (44).

La difusión del ideal americano de modernización contó con la inestimable colaboración de fundaciones, *think tanks*, compañías religiosas, asociaciones cívicas, ligas estudiantiles, etcétera. Estas organizaciones pusieron a disposición del gobierno un importante nivel de financiación, experiencia y asesoramiento en el campo del desarrollo (45). Además, las entidades no gubernamentales mantuvieron la presencia estadounidense cuando la acción oficial de Washington encontraba resistencias o generaba recelosos en los países receptores (46). Finalmente, también facilitaron un canal para movilizar a miles de «*ordinary americans*» comprometidos con los designios exteriores de su país (47). Así, la modernización se convirtió durante los años cincuenta y sesenta en una misión ineludible para amplios sectores de la sociedad estadounidense, que entendieron que la ayuda exterior proyectaba una imagen positiva y humanitaria de la nación americana (48).

(43) Desde la segunda mitad de los años cincuenta aparecieron en los campus americanos un buen número de centros especializados en el estudio de las nuevas regiones descolonizadas. Dichos espacios venían a complementar a los primeros organismos de este tipo creados a mediados de los cuarenta en el ámbito de la soviología. ENGERMAN (2003): 84-86 y CUMMINGS (1999): 159-188. Ver también WALLERSTEIN (1997).

(44) KRAMER (2009): 776-781.

(45) Estas prácticas de colaboración mantuvieron un cierto equilibrio entre la hegemonía del Estado y la autonomía de los grupos de la sociedad civil. No siempre el gobierno impuso su control sobre las organizaciones independientes que trabajaban en los países en vías de desarrollo. De hecho, en ocasiones se produjeron resistencias y tensiones a la hora de negociar el mensaje y la imagen a transmitir por dichos colectivos. Sobre este debate planteado desde unas coordenadas más generales ver la introducción de LUCAS (2006).

(46) FREY (2003): 410.

(47) En esta línea, intelectuales como W. Rostow y M. Millikan pensaban que el compromiso con el progreso de las naciones desheredadas mantendría la vigorosidad de la sociedad civil americana, alejándola de la peligrosa autocomplacencia provocada por la prosperidad.

(48) Si bien, aunque minoritarias, también existieron posiciones intelectuales que pusieron en duda dicho altruismo, señalando que el propósito de tal ayuda no era otro que el de facilitar el

Merece la pena destacar el papel jugado a este respecto por las universidades. Estas tenían una tradición de trabajo en el extranjero previa a la Guerra Fría. Pero fue en las décadas centrales del siglo XX cuando su presencia en el ámbito del desarrollo internacional experimentó un notable crecimiento. Alentados por los principios de la teoría de la modernización, un buen número de centros educativos superiores cooperaron con los programas oficiales y enviaron sus propias misiones a las nuevas naciones poscoloniales. Por ejemplo, en 1957 estaban trabajando en Turquía diversas delegaciones de Georgetown, New York University y Nebraska University. Una de las instituciones educativas más activas en este campo fue Michigan State University, que envió grupos de asesoramiento técnico a países como Brasil, Colombia y Vietnam, entre otros (49). El resultado de esta estrecha colaboración entre las universidades, las organizaciones de la sociedad civil y el gobierno contribuyó a establecer en el interior de los Estados Unidos un amplio «consenso liberal» sobre el modelo de desarrollo que debía de exportarse a la periferia del sistema capitalista (50).

Un arquetipo de modernización que fue fomentado a nivel global por parte de la «*International Development Community*» que emergió a finales de los años cincuenta bajo el liderazgo estadounidense. Esta comunidad internacional consagrada a la promoción del crecimiento económico y del progreso social en el Tercer Mundo estuvo compuesta por varias organizaciones multilaterales, ONG's y agencias de la Organización de Naciones Unidas (ONU). Su principal propósito fue la expansión de los principios de la modernización con el fin de contener el crecimiento del comunismo en Asia, África y América Latina (51). Así, organismos como el Banco Mundial (BM), el Fondo Monetario Internacional (FMI), la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) y la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), hicieron de foro para la elaboración y difusión de discursos que ponían el acento en el desarrollo capitalista, la productividad, la racionalidad técnica, etcétera. Al mismo tiempo, una pléyade de expertos internacionales se desplazaban por todos los rincones del planeta construyendo una definición compartida –basada en la lógica de la modernización– sobre los problemas de los países subdesarrollados y sus soluciones (52).

En consecuencia, las ideas propagadas por dichas instituciones se convirtieron en una especie de mantra, en parte del habitual repertorio de declaraciones reproducidas en reuniones y congresos internacionales. A través de estas y otras

acceso a los recursos naturales y estratégicos de las nuevas naciones independientes. OSGOOD (2006): 216, ENGERMAN y UNGER (2009): 376.

(49) ERNST (1998): 7.

(50) Ver EKBLADH (2009).

(51) Por ejemplo, algunas agencias de la ONU ayudaron a difundir determinadas visiones del desarrollo en ámbitos en los que el comunismo internacional proyectaba cierta influencia, como podían ser las relaciones laborales y la educación. MAUL (2009), DORN y GHODSEE (2012).

(52) Ver STAPLES (2007), JOLLY (2004), STOKKE (2009), FREY y KUNKEL (2011).

actividades –como seminarios, encuentros de ministros y publicaciones– las elites tecnocráticas de los países en vías de desarrollo fueron socializadas en el lenguaje común de la modernización (53). A lo largo de los años sesenta, términos como los de «desarrollo», «reforma», «ayuda internacional», «asesoramiento técnico» y «expertos extranjeros», estuvieron presentes en el debate público de las naciones del Sur. Si bien, conviene recalcar que los gobernantes poscoloniales no fueron meros consumidores de los postulados occidentales (54). En ocasiones, las recomendaciones de la USAID, la UNESCO o el BM fueron reformuladas y modificadas hasta ajustarse a los objetivos de las élites locales (55).

4. LA MODERNIZACIÓN AUTORITARIA

En la década de 1950 la teoría de la modernización tuvo como referente doctrinal al internacionalismo liberal de entreguerras. Las raíces de dicha teoría troncaban con los ideales del *New Deal*, que implícitamente aludían a una visión del desarrollo inclusivo y participativo, una concepción que abogaba por la colaboración constructiva que aumentase la auto-confianza de los pueblos pobres. Basándose sobre este precedente, la teoría de la modernización se presentó inicialmente como una solución altruista y democrática a los principales problemas que aquejaban al mundo de la posguerra (56).

Pero la ayuda económica y militar que los soviéticos estaban facilitando a los países en vías de desarrollo, las inquietudes provocadas por la revolución cubana, la ola de golpes militares en Asia y África, y el crecimiento del papel político de las fuerzas armadas en muchas partes del Tercer Mundo, hicieron que los principios humanitarios del internacionalismo liberal de preguerra se fuesen difuminando (57). A este respecto conviene recordar que, como apunta Frank Costigliola, las administraciones de J. F. Kennedy y de L. B. Johnson heredaron los axiomas ideológicos de la Guerra Fría. Ambos presidentes se adhirieron a los principios básicos de la política exterior estadounidense poste-

(53) Las élites desarrollistas que habitualmente se convirtieron en el interlocutor preferido de los Estados Unidos y de las organizaciones internacionales estuvieron compuestas por grupos urbanos, altamente cualificados, de mentalidad jerárquica, amantes del gobierno fuerte, bien conectados con el poder político y las redes económicas. HARRISON (1988): 29-31.

(54) La modernización no siempre fue un proceso unidireccional centro-periferia. Las grandes potencias también tuvieron que competir con otros modelos de desarrollo autóctonos, como ocurrió en Cuba, Argelia, China o Taiwán. SCHMIDT y PHARO (2003): 387-390, WESTAD (2000): 554-555, CITINO (2012): 89-90.

(55) Por ejemplo, los líderes autoritarios de los países en vías de desarrollo aplicaron selectivamente los conceptos modernizadores que más les convenían, dejando a un lado aquellos otros que entraban en colisión con su naturaleza política, como los relacionados con el establecimiento de instituciones representativas. LATHAM (2012): 16-18.

(56) EKBLADH (2009): 78.

(57) Ver BUSS (2009) y TAFFET (2007).

rior a la II Guerra Mundial, que presentaban a la Unión Soviética como una potencia agresiva, expansionista y totalitaria, ante la que solo cabía contraponer políticas de vigilancia y contención (58). Tales asunciones, para las que el comunismo era una ideología subversiva y monolítica al servicio de Moscú, guiaron la interpretación oficial de los mencionados acontecimientos acaecidos en el Tercer Mundo.

En consecuencia, la óptica bipolar hizo que los requerimientos geopolíticos derivados de la necesidad de combinar modernización y anticomunismo llevaran a los Estados Unidos a congraciarse con las fuerzas anti-liberales de América Latina, Oriente Medio, Europa del Sur y del sudeste asiático. Dicho de otro modo, las exigencias de la lucha contra el comunismo empujaron al Departamento de Estado a abandonar durante los años sesenta el espíritu pluralista y progresista con el que había abordado la cuestión de la modernización en las décadas previas.

La apuesta norteamericana por una noción autoritaria de la modernización se produjo de forma paralela a un aumento de la bibliografía científica que evaluaba positivamente el papel de los gobiernos militares como palanca del cambio económico (59). Según Henry Bienen, entre 1959 y 1965 aparecieron un buen número de trabajos que veían a las dictaduras militares como la opción más estable, anticomunista, eficiente, y modernizadora cuando los regímenes democráticos flaqueaban o se producían vacíos de poder (60). Hasta finales de los años cincuenta, las ciencias sociales norteamericanas habían visto en el ejército una fuerza retrógrada. Imbuidos en el optimismo general sobre las expectativas de desarrollo democrático en las nuevas naciones independientes, los teóricos americanos habían defendido la supremacía del gobierno civil sobre el estamento militar. Pero a finales de los cincuenta, prominentes académicos estadounidenses comenzaron a construir el aparato intelectual requerido para dar el giro hacia una concepción autoritaria de la modernización que justificase las alianzas de su gobierno con los «*friendly tyrants*» de América Latina, Asia, África y Europa del Sur (61).

Un paso importante en esta dirección se produjo con la publicación del informe del *Draper Committee* en 1959. Este veía en la colaboración con los gobiernos y juntas militares un acicate para la industrialización ordenada y tranquila de los países subdesarrollados. Idéntico argumento fue expresado en numerosas ocasiones por los presidentes Kennedy y Johnson, quienes estable-

(58) COSTIGLIOLA (2010): 112-113.

(59) Los promotores de la modernización en los departamentos universitarios creyeron defender una causa profundamente justa, altruista y benevolente. Pero el aumento de la tensión durante la Guerra Fría les condujo a una visión de la modernización que justificó la ayuda militar y política a sistemas autoritarios. La legitimación de regímenes antiliberales por parte de uno de los principales teóricos de la modernización puede verse en SHILS (1962).

(60) BIENEN (1971): 9-21

(61) SIMPSON (2008): 62. El concepto de «*friendly tyrant*» en GARFINKLE y PIPES (1991).

cieron una estrecha relación entre la ayuda económica al desarrollo y la asistencia militar y policial contra la insurgencia (62). En diversas partes del mundo poscolonial sus administraciones vincularon el desarrollo con la seguridad interna de los Estados supuestamente amenazados por la subversión comunista. Según Jeremy Kuzmarov, la asistencia estadounidense en estos campos proveyó a gobiernos dictatoriales de los medios policiales y paramilitares necesarios para asegurar la estabilidad durante las etapas más críticas de la modernización (63). Por tanto, si –por un lado– los Estados Unidos pretendían mejorar las condiciones de vida de las poblaciones del Tercer Mundo, por otro contribuyeron a legitimar la represión estatal sobre los grupos sociales que se oponían a las reformas modernizadoras (64).

En nombre de dichas reformas un buen número de dictaduras fueron presentadas por Washington como regímenes desideologizados, tecnocráticos y eficientes, garantes del *status quo* durante los convulsos procesos de modernización. Desde la óptica oficial estadounidense, las autoridades militares encarnaban la única fuerza capaz de imponer el consenso político y de eliminar los obstáculos (en forma de movimientos populares y guerrillas comunistas) para la transformación de las sociedades poscoloniales. Estas fueron ilustradas por algunos autores conectados con el Departamento de Estado (Wilbur Schramm, Daniel Lerner) como sociedades ancladas en la tradición, el paternalismo y el fatalismo (65). Subdesarrollo cultural que, a juicio de asesores y oficiales norteamericanos, también era palpable en la inmadurez y minoría de edad política de unos pueblos incapaces de auto-gobernarse a sí mismos. De este modo, al hacer hincapié en la carente sofisticación política y en la vulnerabilidad de los países del Sur, esta interpretación legitimaba el apoyo norteamericano a gobiernos firmes y capaces de evitar el crecimiento del comunismo (66).

La gran mayoría de los economistas y expertos estadounidenses veían en los sistemas representativos la mejor forma de gobierno de las naciones modernas. Pero en su opinión, el establecimiento de instituciones pluralistas en las naciones subdesarrolladas solo sería posible cuando se reuniesen una serie de condiciones y pre-requisitos socio-económicos en términos de productividad, urbanización, escolarización, renta per cápita, etcétera (67). Esta idea, aplicada a la política norteamericana hacia países como Brasil, Corea del Sur o España, permitía posponer *sine die* la promoción de la democracia al cumplimiento a largo plazo de unos vagos y difusos objetivos estructurales.

(62) FIELD (2012): 151-153.

(63) KUZMAROV (2009): 199-207

(64) LINDO-FUENTES (2012): 76-78.

(65) SHAH (2011): 13.

(66) SCHMITZ (2006): 10

(67) Uno de los principales valedores de este tipo de explicaciones fue Seymour M. Lipset, quien en su conocido artículo «Some Social Requisites for Democracy» establecía una relación directa entre el desarrollo político y los niveles de industrialización y riqueza. Ver LIPSET (1959).

En resumidas cuentas, el optimismo liberal, precursor de la modernización que alumbraría en los países subdesarrollados una revolución basada en las ideas de Locke, fue sustituido a lo largo de los años sesenta por una visión del progreso más propia de Hobbes. Mutación que ha llevado a varios estudiosos del tema –como Arturo Escobar, James Ferguson o Ali Mirsepassi– a señalar que el principal propósito de los teóricos de la modernización no fue tanto la promoción democrática como la expansión capitalista. Desde este punto de vista, las recomendaciones de los especialistas norteamericanos y de las organizaciones internacionales habrían puesto más énfasis en el desarrollo económico que en el humano, concediendo mayor importancia a la estabilidad, a la despolitización de las masas y al mantenimiento del orden que a la defensa de las libertades públicas en las nuevas naciones independientes (68). El resultado sería, según estos autores, una extensión del control del Estado y del poder autoritario en detrimento de la participación política de las clases populares del Tercer Mundo (69).

5. APUNTES FINALES. CRISIS Y RESISTENCIA DE UNA TEORÍA

Los modernizadores norteamericanos optaron por una visión despolitizada de los problemas socio-económicos, manifestando una fe sin fisuras en la capacidad de la tecnología y del saber experto para reconfigurar sociedades enteras. Trataron de construir sus explicaciones a partir de técnicas estadísticas que, a su vez, se pudiesen aplicar con fiabilidad al contexto internacional de la Guerra Fría. Tales especialistas creían firmemente en la capacidad de las abstracciones numéricas para garantizar una descripción objetiva del cambio social global. Confiaban en el poder del análisis cuantitativo para identificar las fuerzas lineales de la historia. Pero a menudo sus proyectos se basaron en un conocimiento muy parcial de ciertas sociedades y en una serie de estereotipos heredados de sus propias culturas. Lo que no fue óbice para que estos expertos extrapolasen sus conclusiones, confiados en que habían identificado las fuerzas que en todos los casos guiaban la transición desde una sociedad tradicional y agraria a otra moderna y urbana (70).

Al definir una trayectoria universal hacia la modernidad al margen de la historia, estos teóricos encerraron una realidad compleja dentro de un esquema excesivamente rígido y simplificador. Según James Scott, los mandarines de la modernización se basaron en una visión esquemática de la naturaleza humana, que hacía converger de manera un tanto artificial los intereses de los expertos

(68) LATHAM (2005): 736.

(69) Ver ESCOBAR (1995), MIRSEPASSI (2000).

(70) IMMERWAHR, (2012): 22.

con las preferencias de poblaciones autóctonas (71). No obstante, la aplicación sobre el terreno de los proyectos de modernización no tuvo el sentido monolítico y unívoco previsto por los modelos elaborados en las universidades de Harvard, Yale o Chicago. Los pueblos atrasados a veces rechazaron unas iniciativas basadas más en las proyecciones estadísticas que en las necesidades expresadas por la sociedad civil local. De hecho, la puesta en marcha de programas concebidos desde arriba por «*enlightened technocrats*» que apenas tuvieron en cuenta la opinión de los colectivos afectados, cuyas reticencias fueron tratadas como meras dificultades técnicas (72), a menudo generó radicalización política y polarización social.

Según Michael Latham, el despliegue triunfalista de numerosos proyectos de modernización, que apenas tuvieron en consideración el contexto doméstico en el que se aplicaban, tuvo consecuencias negativas (73). Al contrario de lo que se esperaba en Washington, una parte de los programas norteamericanos activados a lo largo de los años sesenta dieron lugar, en palabras de Wallerstein, a «la desintegración del orden, al descontento larvado y a sentimientos radicales no canalizados» (74). Ciertamente, existió un largo trecho entre las nobles aspiraciones de prosperidad global y los problemas sociales, ecológicos, migratorios y de violencia política producidos en países bajo la égida modernizadora estadounidense (75).

Dichos problemas, unidos a varios acontecimientos internos –como los asesinatos de Kennedy, Luther King y Malcolm X, los desórdenes raciales, las revueltas estudiantiles, las revelaciones sobre la CIA, el escándalo Watergate, etcétera– restaron credibilidad a las promesas americanas de modernización (76). Además, el ascenso de nuevos discursos sobre los derechos humanos, el ecologismo, el pacifismo, el feminismo y la democracia aumentó el escepticismo sobre el progreso en el seno de la propia superpotencia y la posibilidad de exportar su modelo civilizatorio al resto del mundo (77). En su conjunto,

(71) SCOTT (1999): 347–349.

(72) Sin embargo, la historiografía apenas se ha interesado por las resistencias por abajo que ocasionaron las reformas modernizadoras. Existen pocos trabajos que se interesen por cómo la «revolución modernizadora» fue experimentada, vivida y percibida por millones de habitantes del Sur. En este punto, se hace necesaria una historia social del desarrollo que ayude a explicar el éxito o el fracaso de la modernización *made in America*. Algunas excepciones son POPP (2008) y MALINOWSKI (2007). También ver GILBERT y SPENSER (2008).

(73) En algunos de los casos estudiados por este historiador, la apuesta americana por el crecimiento económico y la estabilidad política obtuvo resultados contraproducentes que pusieron en entredicho el propio concepto de modernización. LATHAM (2012): 23–26.

(74) WALLERSTEIN (2002): 60–68.

(75) EKBLADH (2009): 285–286, COPELAND (2012): 975–976.

(76) TIPPS (1973): 210.

(77) Estas sensibilidades fueron impulsadas por una Nueva Izquierda para la que la teoría de la modernización era un componente de las sociedades jerarquizadas, de la política parlamentaria convencional, de las guerras imperialistas, de la alienación laboral, de las restricciones sexuales, etcétera. GILMAN (2003a): 69–70.

todos estos factores propiciaron un cambio sustancial en el ánimo estadounidense, en el que arraigó un profundo sentimiento de cinismo y pesimismo sobre el futuro. Como consecuencia, conforme fueron avanzando los años sesenta fue emergiendo una atmósfera que poco tenía que ver con el desbordado optimismo de la décadas anterior. Así, a comienzos de los setenta la confianza en la misión internacional de los Estados Unidos se había evaporado junto a los principios morales en los que sustentó la propia teoría de la modernización (78).

Nada pasó tanta factura a las tesis modernizadoras como la guerra de Vietnam. Esta fue identificada como la horrorosa criatura del internacionalismo liberal de posguerra. En la conciencia colectiva de amplios sectores de la sociedad americana, los trabajos de científicos sociales como W. Rostow y E. Shils quedaron vinculados a la legitimación intelectual de la intervención militar en Vietnam. Dicho conflicto supuso la «tormenta perfecta» que fracturó el *Cold War consensus* sobre el que se había construido el concepto de modernización *made in America* (79). Tal acuerdo sufrió un profundo descrédito en el ámbito intelectual de las décadas de 1970 y 1980. Fue duramente criticado desde todos los ángulos del espectro ideológico. Autores conservadores como Samuel Huntington y Robert Nisbet vieron en su fracaso el final del sueño del internacionalismo liberal. Desde la izquierda, los teóricos de la dependencia y del «sistema-mundo», con Immanuel Wallerstein a la cabeza, acusaron a esta teoría de ser un instrumento de control de los países de la periferia capitalista. Los intelectuales post-estructuralistas, como Arturo Escobar o James Ferguson, también declararon la guerra a una paradigma que, a su juicio, justificaba la imposición de regímenes violentos y autoritarios.

Sin embargo, los principios de la modernización han resistido hasta la actualidad. Aunque recibieron fuertes críticas, nunca desaparecieron completamente de la política exterior norteamericana. No en vano, las ideas de la modernización experimentaron una rápida rehabilitación académica tras la caída de la Unión Soviética (80). A partir de entonces, la victoria occidental en la Guerra Fría, la expansión mundial del mercado libre y la tercera ola de las democratizaciones hicieron que dichos axiomas volviesen a la primera plana de la política exterior norteamericana, donde se han mantenido hasta la actualidad (81). Una preeminencia que no extraña teniendo en cuenta que, en estas primeras décadas del nuevo milenio, las cuestiones fundamentales sobre el crecimiento y el progreso que hace medio siglo pusieron sobre la mesa los expertos, tecnócratas y teóricos de la modernización, continúan moldeando nuestro propio mundo post-globalización (82).

(78) GILMAN (2003b): 250-252.

(79) EKBLADH (2005): 35, LASCH (1991): 162.

(80) EKBLADH (2009): 260-270.

(81) Ver PRZEWORSKI y LIMONGI (1997).

(82) Al menos esta fue la sentencia del famoso ensayo de Francis Fukuyama «The End of History» publicado en *National Interest* en el verano de 1989.

6. BIBLIOGRAFÍA

- APPLEBY, JOYCE; HUNT, LYNN y JACOB, MARGARET (1994): *Telling the Truth about History*, New York, Norton.
- BIENEN, HENRY (1971), *The Military and Modernization*, Chicago, Atherton.
- BUSS, TERRY (2009): *A Fragile Balance: Re-examining the History of Foreign Aid, Security, and Diplomacy*, Sterling, Kumarian Press.
- CITINO, NATHAN (2008): «The Ottoman Legacy in Cold War Modernization», *International Journal of Middle East Studies*, 40, pp. 579-597.
- (2012): «The ‘crush’ of ideologies: The United States, the Arab world, and Cold war modernisation», *Cold War History*, 12, pp. 89-110.
- COOPER, FREDERICK (2010): «Writing the History of Development», *Journal of Modern European History*, 8, pp. 5-23.
- COPELAND, NICHOLAS (2012): «Greening the Counterinsurgency: The Deceptive Effects of Guatemala’s Rural Development Plan of 1970», *Development and Change*, 43, pp. 975-998.
- COSTIGLIOLA, FRANK (2010): «US Foreign Policy from Kennedy to Johnson», en *The Cambridge History of the Cold War*. Volume II, Crisis and Détente, Cambridge University Press, pp. 112-133
- CULLATHER, NICK (2000): «Development? It’s History», *Diplomatic History*, 24, pp. 641-653.
- (2002): «Damming Afghanistan: Modernization in a Buffer State», *The Journal of American History*, 89, pp. 512-537.
- (2004): «Modernization Theory», en *Explaining the History of American Foreign Relations*, New York, Cambridge University Press, pp. 211-220.
- CUMMINGS, BRUCE (1999): «Boundary Displacement: Area Studies and International Studies During and After the Cold War», en *Universities and Empire: Money and Politics in the Social Sciences during the Cold War*, New York, The New Press, pp. 159-188.
- DANFORTH, NICHOLAS (2014): «Malleable Modernity: Rethinking the Role of Ideology in American Policy, Aid Programs, and Propaganda in Fifties’ Turkey», *Diplomatic History*.
- DIAMOND SIGMUND (1992): *Compromised Campus: The Collaboration of Universities with the Intelligence Community, 1945-1955*, New York, Oxford University Press.
- DORN, CHARLES y GHODSEE, KRISTEN (2012): «The Cold War Politicization of Literacy: Communism, UNESCO, and the World Bank», *Diplomatic History*, 36, pp. 373-398.
- EKBLADH, DAVID (2005): «From Consensus to Crisis. The Postwar Career of Nation-Building in US Foreign Relations», en *Nation-Building: Beyond Afghanistan and Iraq*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, pp.19-41
- (2009): *The Great American Mission: Modernization and the Construction of an American World Order*, Princeton, Princeton University Press.
- ENGERMAN, DAVID (2003): «Rethinking Cold War Universities: Some Recent Histories», *Journal of Cold War Studies*, 5, pp. 80-95.

- (2004): «The Romance of Economic Development and New Histories of the Cold War», *Diplomatic History*, 28, pp. 23-55.
- (2007): «American Knowledge and Global Power», *Diplomatic History*, 31, pp. 599-622.
- ENGERMAN, DAVID y UNGER, CORRINA (2009), «Introduction: Towards a Global History of Modernization», *Diplomatic History*, 33/3, pp. 375-385.
- ERNST, JOHN (1998): *Forging a Fateful Alliance: Michigan State University and the Vietnam War*, East Lansing, Michigan State University Press.
- ESCOBAR, ARTURO (1995): *Encountering Development. The Making and Unmaking of the Third World*, Princeton, Princeton University Press.
- FIELD, THOMAS (2012): «Ideology as Strategy: Military-Led Modernization and the Origins of the Alliance for Progress in Bolivia», *Diplomatic History*, 36, pp. 147-183.
- FREY, MARC y KUNKEL, SÖNKE (2011): «Writing the History of Development: A Review of the Recent Literature», *Contemporary European History*, 20, pp. 215-232.
- FREY, MARC (2003): «Control, Legitimacy, and the Securing of Interests: European Development Policy in South-East Asia from the Late Colonial Period to the Early 1960s», *Contemporary European History*, 12, pp. 395-412.
- GARFINKLE, ADAM y PIPES, DANIEL (1991), *Friendly Tyrants. An American Dilemma*, MacMillan Academic, Londres.
- GILBERT, JOSEPH y SPENSER, DANIELA (2008): *In from the Cold. Latin America's New Encounter with the Cold War*, London, Duke University Press.
- GILMAN, NILS (2003a): «Modernization Theory, The Highest Stage of American Intellectual History», en *Staging Growth. Modernization, Development and the Global Cold War*, Boston, University of Massachusetts Press, pp. 47-80
- (2003b): *Mandarins of the Future. Modernization Theory in Cold War America*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- HAEFELE, MARK (2003): «Walt Rostow's Stages of Economic Growth: Ideas and Action», en *Staging Growth..., op. cit.* pp. 81-106
- HAGEN, JAMES y RUTTAN, VERNON (1987): «Development Policy under Eisenhower and Kennedy», *Bulletin of the Economic Development Center*, 10, pp. 1-54.
- HARRISON, DAVID (1988): *Sociology of Modernization and Development*, Florence, Routledge.
- HERMAN, ELLEN (1995): *The Romance of American Psychology: Political Culture in the Age of Experts*, Berkeley, University of California Press.
- HUNT, MICHAEL (1987): *Ideology and US Foreign Policy*, Princeton, Princeton University Press.
- IMMERWAHR, DANIEL (2012): «Modernization and Development in US Foreign Relations», *Passport*, 43, pp. 22-25.
- ISAAC, JOEL (2007): «The Human Sciences in Cold War America», *Historical Journal*, 50, pp. 725-746.
- JOLLY, RICHARD (2004): *UN contributions to development thinking and practice*, Bloomington, Indiana University Press.
- KLEIN, CHRISTINA (2003): «Musicals and Modernization: Rodgers and Hasmmenstein's The King and I», en *Staging Growth..., op. cit.* pp. 129-165

- KRAMER, PAUL (2009): «Is the World Our Campus? International Students and US Global Power in the Long Twentieth Century», *Diplomatic History*, 33, pp. 775-805.
- KUTTNER, ROBERT (1991): *The End of Laissez-Faire: National Purpose and the Global Economy after the Cold War*, New York, Alfred A. Knopf, 1991.
- KUZMAROV, JEREMY (2009): «Modernizing Repression: Police Training, Political Violence and Nation Building in the American Century», *Diplomatic History*, 33, pp. 192-221
- LANCASTER, CAROL (2006): *Foreign Aid: Diplomacy, Development, Domestic Politics*, Chicago, University of Chicago Press.
- LASCH, CHRISTOPHER (1991): *The True and Only Heaven: Progress and Its Critics*, Nueva York, Norton.
- LATHAM, MICHAEL (2000): *Modernization as Ideology: Social Science and «Nation-Building» in the Kennedy Era*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.
- (2005): «High-Modernist Dreams and Nightmares», *Diplomatic History*, 29, pp. 733-738.
- (2010): «The Cold War in the Third World, 1963-1975», en *The Cambridge History of the Cold War*. Volumen II, Crisis and Détente, Cambridge University Press, pp. 258-281
- (2012): *Right Kind of Revolution: Modernization and US Foreign Policy from the Cold War to the Present*, Ithaca, Cornell University Press.
- LINDO-FUENTES, HÉCTOR (2012): *Diálogos: Modernizing Minds in El Salvador: Education Reform and the Cold War, 1960-1980*, Albuquerque, University of New Mexico.
- LIPSET, SEYMOUR (1959): «Some Social Requisites of Democracy: Economic Development and Political Legitimacy», *The American Political Science Review*, 53, pp. 69-105
- LUCAS, SCOTT (2006): «Negotiating Freedom», en *The US Government, Citizen Groups and the Cold War*, London, Routledge, pp. 1-16.
- MALINOWSKI, STEPHAN (2007): «Modernization à la mode: West German and American Development Plans for the Third World», *Bulletin of the German Historical Institute*, 40, pp. 143-159.
- MAUL, DANIEL (2009): «Help Them Move the ILO Way: The International Labor Organization and the Modernization Discourse in the Era of Decolonization and the Cold War», *Diplomatic History*, 33, pp. 387-404.
- MILLIKAN, MAX y ROSTOW, WALT W. (1957): *A Proposal: Key to and Effective Foreign Policy*, New York, Harper.
- MIRSEPASSI, ALI (2000): *Intellectual Discourse and the Politics of Modernization: Negotiating Politics in Iran*, Cambridge, Cambridge University Press.
- NASHEL, JONATHAN (2000): «The Road to Vietnam. Modernization Theory in Fact and Fiction», en *Cold War Constructions. The Political Culture of United States Imperialism, 1945-1966*, Amherst, The University of Massachusetts Press, pp. 132-154.
- NEEDELL, ALAN (1999): «Project Troy and the Cold War Annexation of the Social Sciences», en *Universities and Empire: Money and Politics in the Social Sciences during the Cold War*, New York, The New Press, pp. 3-38.

- O'BRYAN, SCOTT (2009): *The Growth Idea. Purpose and Prosperity in Postwar Japan*, Honolulu, University of Hawaii Press.
- OSGOOD, KENNETH (2006): *Total Cold War. Eisenhower's Secret Propaganda Battle at Home and Abroad*, Lawrence, University of Arkansas Press.
- POPP, ROLAND (2008): «An Application of Modernization Theory during the Cold War? The Case of Pahlavi Iran», *International History Review*, 30, pp. 76-98.
- PRZEWORSKI, ADAM y LIMONGI, FERNANDO (1997): «Modernization: Theories and Facts», *World Politics*, 49, pp. 155-183.
- RIST, GILBERT (1997): *The History of Development: From Western Origins to Global Faith*, London, Zed Books.
- ROSTOW, WALT W. (1961): «Guerrilla Warfare in the Underdeveloped Areas», *Department of State Bulletin* pp. 232-247.
- ROBIN RON (2001): *The Making of the Cold War Enemy: Culture and Politics in the Military-Industrial Complex*, Princeton, Princeton University Press.
- SCHIFFRIN, ANDRÉ (1997): *The Cold War and the University: Toward an Intellectual History of the Post War Years*, New York, New Press.
- SCHLESINGER, ARTHUR (1949): *The Vital Center: The Politics of Freedom*, Boston, Houghton Mifflin.
- SCHMIDT, IRENE y PHARO, HELPE (2003): «Introduction», *Contemporary European History*, 12, pp. 387-394.
- SCOTT, JAMES (1999): *Seeing Like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*, New Haven, Yale University Press.
- SCOTT-SMITH, GILES (2002a): *The Politics of Apolitical culture. The Congress for Cultural Freedom, the CIA and Post-War American Hegemony*, London, Routledge.
- (2002b): «The Congress for Cultural Freedom, the End of Ideology and the 1955 Milan Conference: 'Defining the Parameters of Discourse'», *Journal of Contemporary History*, 37, pp. 437-455.
- SHAH, HEMANT (2001): *Production of Modernization: Daniel Lerner, Mass Media, and the Passing of Traditional Society*, Philadelphia, Temple University Press.
- SHILS, EDWARD (1960): «Political Development in the New States», *Comparative Studies in Society and History*, 2, pp. 265-292.
- (1962): «The Military in the Political Development of New States», en *The Role of the Military in the Underdeveloped Countries*, Princeton, Princeton University Press.
- SIMPSON, BRADLEY (2008): *Economists with Guns. Authoritarian Development and US-Indonesian Relations, 1960-1968*, Stanford, Stanford University Press.
- (2012): «The Fracturing of Development Theory and the Rise of Human Rights in the 1970s», *Workshop on Development and Its Evangelists in the Cold War*, Columbia University, pp. 1-18
- SIMPSON, CHRISTOPHER (1994): *Science of Coercion, Communication Research and Psychological Warfare, 1945-1960*, New York, Oxford University Press.
- STAPLES, AMY (2007): *The Birth of Development. How the World Bank, Food and Agriculture Organization, and World Health Organization Changed the World, 1945-1965*, Kent, Kent State University Press.

- SCHMITZ, DAVID (2006). *The United States and Right-Wing Dictatorships, 1965-1989*, New York, Cambridge University Press
- STOKKE, OLAV (2009): *The UN and Development: From Aid to Cooperation*, Bloomington, Indiana University Press.
- TAFFET, JEFFREY (2007): *Foreign Aid as Foreign Policy: The Alliance for Progress in Latin America*, New York, Routledge.
- TIPPS, DEAN (1973): «Modernization Theory and the Comparative Study of Societies. A Critical Perspective», *Comparative Studies in Society and History*, 15, pp. 199-226.
- UNGER, CORINNA (2010): «Histories of Development and Modernization: Findings, Reflections, Future Research», *H-Soz-u-Kult*, 9, pp. 1-41.
- WALLERSTEIN, IMMANUEL (1997): «The unintended consequences of Cold War area studies», en *The Cold War and the University: Toward an Intellectual History of the Postwar Years*, New York, New Press, pp. 195-231
- WESTAD, ODD ARNE (2000): «The New International History of the Cold War: Three (Possible) Paradigms», *Diplomatic History*, 24, pp. 551-565.
- (2005): *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times*, New York, Cambridge University Press.